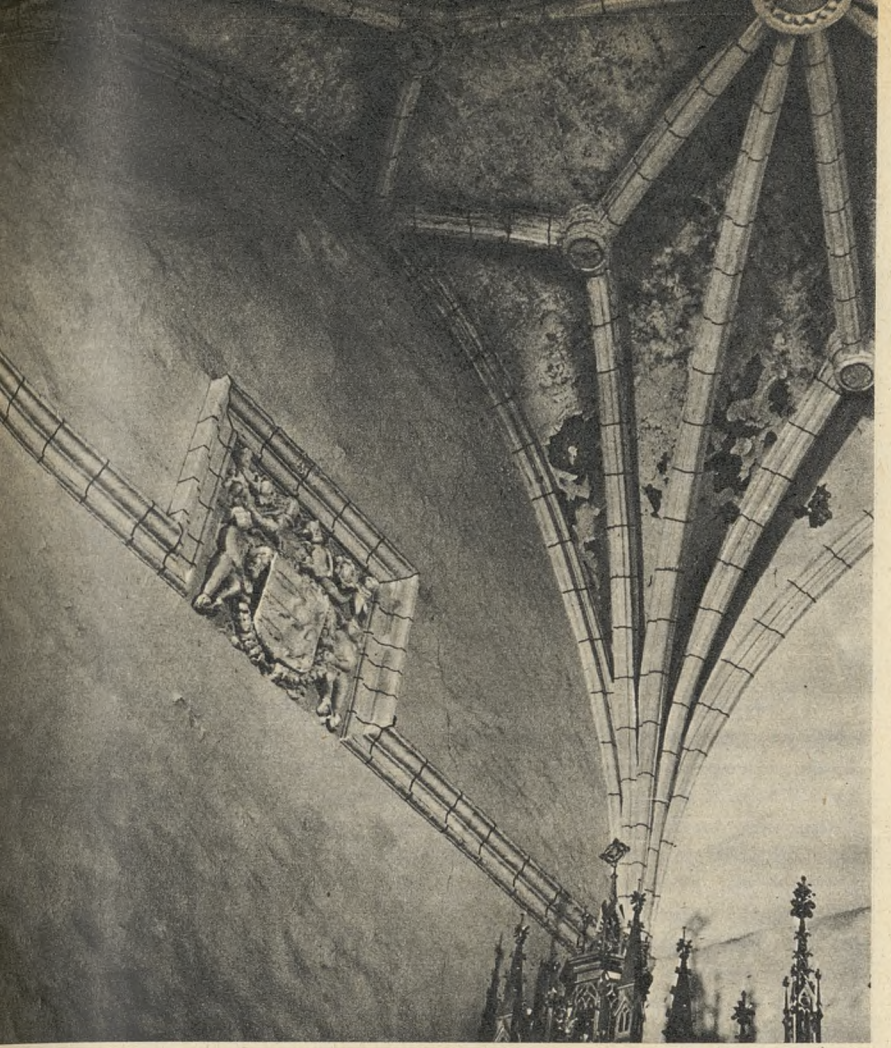


Escudo de la familia Troche-Ponce de León, en el presbiterio de la iglesia de San José, en San Juan de Puerto Rico

LAS IGLESIAS ESPAÑOLAS en PUERTO RICO

Por ERNESTO LA ORDEN MIRACLE

En aquella mañana de junio de 1957, recién llegados a este San Juan de Puerto Rico moderno y pimpante, cuya edad más remota parece ser a primera vista la de la reina romántica doña Isabel II, descubrimos en el viejo San Juan un poquito de Edad Media.

Estábamos visitando la catedral, revestida toda ella en un neoclásico modesto del siglo XIX, cuando el amable sacerdote que nos acompañaba empujó una puertecilla cercana a la capilla mayor y nos dió entrada en el siglo XVI. Nos asombramos de vernos en una estancia cuadrada, cubierta por bóveda estrellada de crucería, que parecía la sala capitular de alguno de nuestros monasterios medievales. Divisamos otra sala análoga, también con buena bóveda de piedra, pero nuestras miradas se clavaron en un rincón de la primera pieza, donde se abría el arranque de una escalera helicoidal, con gruesas estrías de forma de maromas en el poste central del caracol. Todavía al otro lado del presbiterio, ocultas también a los ojos de quienes visitan la iglesia, descubrimos otras dos salitas góticas, parecidas a tramos de un claustro, con ménsulas de estatuaria plateresca. Todo aquel conjunto inesperado, las cuatro salas y la escalera de caracol, eran una hermosa muestra del gótico tardío de Castilla.

Mayor sorpresa nos dió poco después la visita de la actual iglesia de San José, que perteneció en otros tiempos al convento dominico de Santo Tomás. Enteramente encalada bajo el sol, en una plazoleta de encanto provinciano, aquella iglesia nos pareció por fuera una parroquia barroca de Andalucía. Nuestro asombro fué inmenso en su interior, cuando contemplamos las finas bóvedas nervadas de un crucero y un presbiterio dignos de las iglesias castellanas del tiempo de los Reyes Católicos. Las bolas de piedra que adornan la clave central nos aumentaron el recuerdo de Santo Tomás, de Avila, el cenobio dominico que atesora la tumba del príncipe don Juan de España. También este Santo Tomás, de Puerto Rico, guardó unos grandes restos, los del conquistador don Juan Ponce de León, que ahora descansan en la catedral. Sus armas han quedado esculpidas en la capilla mayor de San José, unidas a las de su yerno, García Troche. Un león y tres ruchas entre dos pajes, bajo un dosel de tritones y sirenas, ponen su sello de piedra sobre la que el marqués de Lozoya ha llamado la «Edad Media» de Puerto Rico.

EL PRIMER OBISPO DE AMERICA

Es que a Puerto Rico le correspondió, a pesar de la primogenitura hispánica de la vecina isla de Santo Domingo, o La Española, el honor de sustentar la primera sede episcopal del Nuevo Mundo. Cuando el canónigo de Salamanca, don Alonso Manso, llegó a tomar posesión de su sede borinqueña, en junio de 1513, aún no había arribado ningún prelado a La Española. El actual obispo norteamericano de San Juan, monseñor Jaime Davis, cuenta con cincuenta y cinco predecesores en su diócesis, y está orgulloso de sus dos iglesias góticas auténticas, construídas cuatro siglos antes que la catedral de San Patricio, de Nueva York.

Pero el primer impulso civilizador y misionero no se mantuvo por mucho tiempo en las Antillas. Los indios de Borinquen desaparecieron casi por completo en pocos años y los españoles de Puerto Rico encontraron más posibilidades de riqueza en Méjico y en Tierra Firme. «Dios me lleve al Perú», decían los colonos isleños cuando hacían escala en San Juan los barcos que iban para Panamá, en los que procuraban embarcarse clandestinamente, en contra de las órdenes del Rey. Fué en vano que un gobernador furibundo castigara a los fugitivos mandando que les cortasen un pie. Entre los que emigraron de Puerto Rico por aquellos años figuraba un hidalgo del pueblo de San Germán llamado Gaspar de Flores, que había de ser padre de Santa Rosa de Lima.

Fué inútil que el segundo obispo de Puerto Rico, don Rodrigo de Bastidas, que gobernó de 1541 a 1567 su vasta diócesis —que entonces incluía hasta la costa de Venezuela y la Guayana—, se empeñase en construir, según sus palabras, «una catedral toda de cantería y muy real edificio», inspirándose nada menos que en la catedral de Sevilla. Aunque trajo las piedras afanosamente de una cantera del río de Toa, con seis leguas de navegación por el río y el mar, y mandó esculpir su escudo junto al de Carlos V en la capilla mayor —en la que, por cierto, se alzaba un mausoleo del obispo Manso, en alabastro—, no pudo terminar más que la cabecera de la iglesia, dejando el resto en obra de maderas y de tejas. Los obispos siguientes lucharon a brazo partido con la pobreza y con los huracanes, con la ocupación inglesa de 1598 y el incendio holandés de 1625. Bueno era el órgano, pero los ingleses se lo llevaron. Magnífica era la biblioteca del obispo don Bernardo de Balbuena, pero la quemaron los holandeses. Al comenzar el siglo XIX la catedral de Puerto Rico estaba definitivamente frustrada. Los ingenieros militares la terminaron discretamente en 1850. Menos mal que un moderno museo catedralicio, instalado con mucho decoro en una sala barroca, conserva la hermosa talla de la Virgen del Seminario, la custodia de plata que regaló Carlos V y otras joyas del antiguo tesoro.

La iglesia conventual de Santo Tomás fué algo más afortunada. El gobernador don Iñigo de la Mota la terminó con aire barroco, en 1641, y en ella quedan, además de la cabecera gótica, dos capilla con cúpulas y dos obras de arte muy considerables: la tabla flamenca de la Virgen de Belén y la talla berruguetesca del Cristo de los Ponce.

BELLAS IGLESIAS RURALES

Las iglesias que se construyeron más tarde en Puerto Rico, a compás de la colonización campesina por toda la bellísima isla, ya no tuvieron las pretensiones monumentales de los obispos y los dominicos primitivos. Las catedrales y los conventos de piedra quedaron para los ricos virreinatos de Méjico y el Perú. Lo más necesario en Puerto Rico era construir castillos, levantar esas murallas de San Juan que hoy son el monumento histórico más importante de los Estados Unidos. Los colonos tenían bastante con iglesias muy modestas, de mampostería o de barro, empezando por esa bella capilla del convento de Porta Coeli, en San Germán, que es poco más que una tienda de campaña, un armazón de maderas cubierto de tejas —muy semejante al granero de nuestro monasterio del Paular—, en el que el Instituto de Cultura Puertorriqueña va a instalar con muy buen acuerdo un museo de la escultura religiosa de Puerto Rico.

¡Qué hermoso es, bajo el cielo azul de la isla, llegarse a cada uno de los pueblecitos de eufónicos nombres —Aibonito, Guayanilla, Hormigueros, Humacao, Cayey...— y buscar en la amplia plaza, bien sombreada de árboles, las espadañas y los cupulines

Conjunto gótico renacentista del crucero y el presbiterio de la iglesia de San José. Un solo arco triunfal ante el presbiterio

de sus humildes iglesias españolas! En Toa Baja hay un frontal de plata que nos recuerda que en aquel verde valle estuvo la Granja de los Reyes Católicos, primer jardín de aclimatación de las plantas de Europa y Africa en América. En Loiza Aldea, pese a la torpe reconstrucción de su iglesuela, todavía celebran los morenos con grandes pompas la fiesta del apóstol Santiago. En Hormigueros, sobre una colinilla, los campesinos veneran a la Virgen de Montserrat. Guayanilla, Guaynabo, San Mateo de Santurce, Aguadilla, Cayey, Lares y tantos otros pueblos lucen sus estampas de ermitas andaluzas o canarias. Hay dos pueblos, no lejanos entre sí, Carolina y Vega Baja, en los que el ingeniero militar don Antonio María Guitián construyó dos iglesitas gemelas que tienen un mismo aire de construcciones infantiles. En Ponce, sobre la iglesias dieciochesca de tres cupulines, plantada admirablemente en el centro de la gran plaza, se han alzado modernamente una nave de falsa crucería y dos torres de empaque, que componen bien la fachada de la hoy catedral. En Sábana Grande hay una iglesia de línea clásica muy pura, enriquecida con las estatuas dieciochescas de San Isidro y Santa María de la Cabeza, obras del artista puertorriqueño Tiburcio Espada. En Humacao y en Guayama, ya a fines del siglo XIX, los vecinos alzaron dos templos de buen porte, uno de líneas góticas y otro de inspiración románica.

Quizá la obra más importante del siglo pasado sea la iglesia de Arecibo, con tres naves de bóvedas académicas, tan solemne que los soldados americanos de 1898 la calificaron de catedral, pero la parroquia más linda de Puerto Rico seguramente es la de Coamo. El viejo hato ganadero de Blas de Illescas, junto a unas aguas termales que ya utilizaron los indios, tenía en 1579 una iglesia con lámpara de plata y dos ermitas, Valvanera y Altagracia. Hoy le queda su ermita riojana, oculta en un colegio de monjas modernas, y, sobre todo, su parroquia barroca, construída seguramente de una sola vez en el siglo XVIII, un verdadero primor de sencillez.

ERMITAS EN LA GRAN CIUDAD

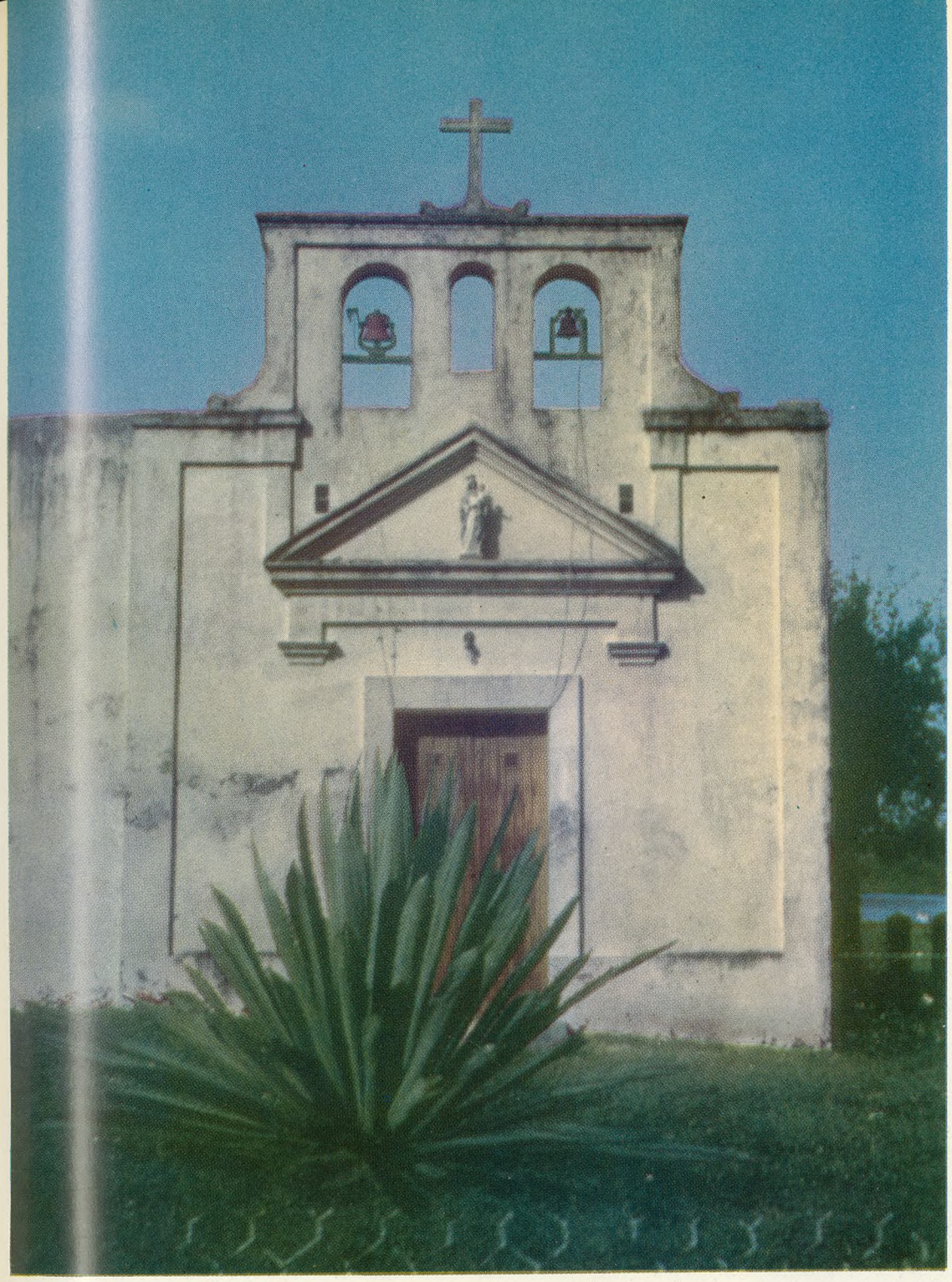
Volviendo de la isla eglógica hacia la plaza amurallada, las ermitas puertorriqueñas acabaron por conquistar la ciudad de San Juan. Ha desaparecido la iglesia de San Francisco, que tuvo tres naves y una espadaña de cuatro campanas, pero su capilla de la Venerable Orden Tercera todavía nos certifica de su aire rural. Las iglesias de Santa Ana y del Carmen pregonan lo mismo, la primera con el Sacramento siempre expuesto en medio del distrito comercial, y la segunda, a punto de convertirse en el comedor de un hotel pintoresco para turistas, que tendrán su piscina cinematográfica en el antiguo claustro de la clausura carmelita. Pero la ermita por antonomasia en San Juan es la del Cristo, la minúscula celda barroca colgada sobre la muralla.

Y todavía existe en San Juan, entre los edificios comerciales y los millares de automóviles, una bandada de capillas románticas del siglo XIX español. Todas son neoclásicas, de muy buen dibujo, construídas por ingenieros militares que conocían las reglas de la Academia de San Fernando. Son la del Colegio de Párvulos, en la pintoresca calle de San Sebastián; la del antiguo Seminario, en la calle del Cristo; la del que fué Hospital y luego Cárcel, en Puerta de Tierra; la que se alza en el Campo del Morro, donde, más o menos, se dijo la primera misa en la isleta de San Juan; la del Arsenal isabelino, que tiene un bello pórtico de columnas dóricas y una bóveda abierta como la del Panteón; la del cementerio de Santa Magdalena de Pazis, con su buena rotonda junto al mar, al pie de las murallas y entre las tumbas de los poetas puertorriqueños Gautier y De Diego y el poeta español Pedro Salinas...

Y UNA IGLESIA PUERTORRIQUEÑA EN ESPAÑA

Después de haber visitado con mucho amor todas y cada una de las iglesias españolas de Puerto Rico, quiso la Providencia que descubriéramos hace pocos meses una iglesia puertorriqueña en nuestra patria. Estábamos en Segovia, en pleno invierno, unos buenos amigos puertorriqueños y nosotros, disfrutando de la hospitalidad de los marqueses de Lozoya. El marqués, tan humano y erudito, nos mostraba las piedras romanas del Acueducto, las torrecillas flamencas del Alcázar, los capiteles románicos de las viejas parroquias y las sublimes bóvedas góticas de la Catedral. Nos llevó a ver su Cristo, el Cristo de los Lozoya, tan bello como el de los Ponce en Puerto Rico, y nos hizo dar unos pasos más hasta una capilla majestuosa, de piedra y de madera dorada, en la que el arte de Churriguera florecía como una piña tropical. Aquella capilla la mandó construir a fines del siglo XVII el arcediano de Segovia e inquisidor de Valencia don Antonio de Ayala y Berganza, natural de Puerto Rico, cuya tumba es visible junto a la de otros tres hermanos suyos, todos puertorriqueños y beneficiados en aquella estupenda catedral.

Sentimos un sobresalto de emoción, después de haber visto tantas veces a España en Puerto Rico, al encontrarnos aquella presencia de Puerto Rico en España. Nos impresionó ver que los cuatro hermanos Ayala, establecidos en la madre Castilla, habían devuelto, en cierto modo, a España lo que ella había invertido en las Antillas, dejándola no solamente sus cuerpos mortales criollos, sino también las rentas de sus haciendas de ultramar. Vimos, entre las hojarascas barrocas del altar, varios hermosos ángeles coronados con plumas, como indios. Y comprendimos que los canónigos actuales de Segovia, durante los meses de invierno, en vez de cantar sus horas en el aterido coro de la Catedral, se refugien en esta capilla de los cuatro hermanos Ayala y Berganza, al calor del incendio de Churriguera y de los soles lejanos de la isla de San Juan.



Arriba: Ermita de Palo Seco.—En la parte inferior: Iglesia de Guayanilla.—A la derecha y de arriba abajo: Capilla del Cementerio, Iglesia de Arecibo y plaza e Iglesia de Humacao.

El Instituto de Cultura Hispánica
de Madrid en un 12 de Octubre